

no le admitirán la renuncia, la poca fé ya está vista. ¿O V. P. era el Guardian, ó Jesu-Christo revestido de V. Paternidad? Si el Guardian era V. P. antes lo había de haber hecho. Si era Jesu-Christo, mucho tenía andado para ser buen Guardian. Hermano mio, perdonémé mucho, que aunque escribo esto, ay de mí si el Señor no hace todo el gasto.

Toda la vida de este insignisimo Misionero puede servir de materia al presente asunto, corroborado con muchos casos maravillosos, que quedan dichos en la primera Parte, y otros varios que restan en esta por referir: de suerte, que su heroica Fé, y Esperanza, fueron siempre las áncoras con que el Bagel de su espíritu permaneció engolfado con figeza en el mar de la providencia, hasta en una gota de agua, y las alas con que volaba, para emprender sin dificultad las mas insuperables arduidades. Asustado en gran manera su Compañero el Reverendo Padre Espinosa, por una lluviosa tempestad que les sobrevino en un desierto de Tejas, le preguntó, haciendo por respirar del

miedo, despues de haver pasado un peligroso Rio: ¿Ha visto V. P. que aguacero? Consuelese V. R. (le respondió el P. Fr. Antonio) que ni una gota mas nos ha de caer de lo que le mandare à la Nube su Amo. Quando los Hereges Ingleses dieron abance contra los nuestros en el Reyno de Guatemala, se hallaba el Siervo de Dios con su Compañero en el sitio, acompañando à los pocos Españoles que hacían frente al enemigo. Cayeron muertos casi todos los de la primera fila al primer descargo de los Fusiles. Acercóse mas el contrario Herege; y siendo mas natural, que la repetición de los tiros hiciese mayores destrozos, llegaban las balas à donde estaban los dos esforzados Varones, y caían como sin fuerzas à sus plantas, perdiendo su actividad la polvora, atribuyendose el suceso à milagro. Pudo serlo de su sublimada Fé, y de su magnánima Esperanza, virtudes, que adornaron à este gran Varon en eminente grado, y singulares heroicidades en todas sus palabras, y acciones, y aun en las respiraciones más mínimas.

## CAPITULO II.

DE LA HEROICA CARIDAD DEL V. P. FR. Antonio para con Dios, y con sus Proximos, calificada con prodigios, y maravillosos arrobos.

**L**A excelentissima virtud de la Caridad, que como Reyna de todas las demás virtudes, tiene jurisdicción, y dominio en sus admirables producciones, fue en el benemérito Antonio tan ardiente, estimado, velóz, tan universal, y tan heroica, que hizo brillar el espectral círculo de su vida, con resplandores continuos de santidad. Este fue el fontal venéreo de donde se originaron en el Siervo de Dios aquellas ansias no interrumpidas, y aquellos fervores siempre permanentes, de estrecharse mas, y mas con la Magestad Divina, unico centro de sus afectos, y total término de sus pensamientos, palabras, y obras. Fue eminentisimo en el amor à Dios: y como el amar, y el sentir tienen entre sí nobilissima correspondencia, fue siempre tan vivo su sentimiento de que el So-

berano Señor fuese ofendido, que desde sus primeros crepusculos de la razon, puso el mas posible cuidado de no cometer culpa leve con advertencia. Siempre conservó su dichosa alma la gracia bautismal, segun queda dicho en el Capitulo ultimo de la primera Parte, con extension. Con cuyo privilegio del Cielo, al paso que en sus exteriores efectos fue un delicioso vergel de inocencia, daba frecuentes muestras del ardiente volcán de amor Divino, que se ocultaba en su corazon, encendiendosele à veces el rostro, qual otro Moyses, quando hablaba de su Magestad, y de sus perfecciones Divinas, procurando no perder de vista su adorable presencia, y buscandole à todas horas, como la Esposa de los Cantares.

Ardía como Salamandra en incendios tan amorosos al Cria-

dor, que à veces desfallecía de amante, y en otras ocasiones parecia todo espíritu, como si no fuera prisionero de la miserable carne. Persona hubo, que lo vió arrebatado, siendo morador en esta Ciudad, en tres admirables extasis, y en uno de ellos perdió los colores, le faltaron los pulsos, le crugian los huesos, y quedó al parecer como muerto, nacido todo de haver hablado del amor Divino: y quando volvió en sí, casi pasada una hora, se puso à llorar con tal ternura, como pudiera enternecerse un Infante, à quien arrebatan de los pechos de su amorosa Madre con violencia. Siempre tuvo gran cuidado el bendito Padre en que sus virtudes hiciesen poco ruido; mas con todo, permitió el Señor, que no quedasen en secreto todos sus amorosos efectos, para que por ellos se pueda congeturar el reyno de amor à su Dios, que ocultaban los retretes de su alma. Muchas veces, segun atestigua el Funeral predicado en Guatemala, fue hallado inmóvil, arrebatado, y fuera de sí. En otras ocasiones se vió bañado de resplandores

extraordinarios: y en una de estas, quedó con el color extremadamente blanco, trasladando al semblante la candidez de su espíritu. Haviendo ido un Corista para el Tras-Coro, à esperar la media para las seis de la tarde, y hacer señal para las Completas, halló cerrada la puerta por dentro, sin haver quien le respondiese, aunque dió repetidos golpes. Con esto, dió al Padre Vicario aviso de lo que le pasaba, temeroso de que la falta se le atribuyese <sup>los</sup> do, por estar ya cerca la <sup>er des-</sup> y de orden suyo, haciendo quanta fuerza pudo con todo el cuerpo, abrió la puerta. Con esta diligencia, entró para tocar la Campana, quedando al punto lleno de admiracion, y pàsimo, de lo que registraron sus ojos. Vió al V. P. Fr. Antonio, Guardian à la sazón de este Colegio, elevado del suelo en poca distancia, el rostro en lo alto, los ojos abiertos, y muy claros, todo abstraído, y el cuerpo dando vueltas en círculo, con tal violencia, que formaba una linea oscura con la cabeza, y sandalias. Llamóle algunas veces para que volviese

en

en sí de tan raro arrobó, y viendo que no se daba por entendido à sus voces, se resolvió à tocar para la hora: y al primer golpe de la inanimada voz del bronce, que llamaba à la Comunidad para el referido acto de obediencia, volvió el Siervo de Dios à sus sentidos, con mucha quietud, y sosiego. Preguntó con severidad al Corista, ¿por qué havia entrado sin abrirle? Y haviendo oído brevemente su descargo, prosiguió <sup>m</sup> estimarle con aspecto serio: <sup>si</sup> chitón, y no hablar palabra; y con esto se fue saliendo para el Coro muy sereno, y con singular disimulo. No há muchos años que murió el Religioso, ocular Testigo de esta maravilla tan rara, que depuso con juramento; y à mas de haverla referido muchas veces en el discurso de su vida, hizo memoria de ella poco antes de morir, con singular consuelo de su espíritu. Quise hacer esta advertencia, para la mayor credibilidad de este suceso, en que à mas de acreditarse este finísimo amante de Seráfica Mariposa, galanteando las llamas del Divino amor, que se encendian

en su abrasado pecho, se evidenciase la agilidad tan estraña que le comunicaba al cuerpo, haciendole olvidar la natural pesadéz, como si no fuera de carne.

Alude al mismo intento el siguiente caso, y nos abrirá la puerta para entender la gran Caridad que tuvo el V. P. à los progimos. Haviendo concluido la Mision algo tarde en cierto Pueblo, le pareció à su Compañero, que se seguia incomodidad à algunos de los concurrentes, por tener sus posadas algo distantes, y haver de volver à ellas de noche. Con este motivo le entró, segun dió à entender, algun escrupulo, de que podría ser falta de Caridad, el no finalizar los Sermones mas temprano. Resolvióse à exponer su pensamiento al bendito Varon con ingenuidad religiosa, muy satisfecho que de su docilísimo genio, y prudentísima conducta, lograría muy adecuada respuesta para serenar su duda. Oyóle el P. Fr. Antonio con su genial mansedumbre, y levantandose poco à poco del suelo, hasta elevarse como una vara de la tierra, le respon-

pon-

pondió con mucha paz del siguiente modo: *No permita el Señor que yo falte à la Caridad con mis proginos, siendo así que una de las súplicas, que continuamente le hago, es que me haga todo, todo Caridad.* No pudo menos que quedar el Compañero lleno de admiracion, y juntamente cerciorado, que las avenidas de aquel fervoroso espíritu corrían por superiores impulsos, que no debían escudriñarse: en cuya atencion, depuso plenamente su escrúpulo, y no habló ya la mas minima palabra, por tarde que la Mission se acabase.

Fue tan eminente nuestro Apostolico Misionero en este punto de la Caridad con los proginos, que no perdonó su eficaz zelo trabajo, ni diligencia alguna, para reducir à los impíos, y pecadores à la fé, y à la penitencia, y para alentar à los Justos, y timoratos à la perseverancia en las buenas obras. En breves periodos dijo mucho para corroborar este asunto el Ilustrisimo Señor Arzobispo de Manila Don Carlos de Bermudez de Castro, en la aprobacion del Funeral predicado en

Mexico, y dice así: *Fue (el V. P. Fr. Antonio) voz que clamó en las Ciudades, en los Pueblos, en los Campos, en las Montañas, en los Desiertos, hasta las mas distantes Naciones. Fue voz de Leon para la Idolatría, voz de Cordero para los penitentes, voz de Angel para los virtuosos, voz de trueno para los protervos, voz de Padre para los desconsolados, y voz de Pastor para los extraviados. Voz, que aunque descansa ya en el Sepulcro, estará haciendo eco en toda su Sagra-<sup>cion</sup>cion, en todo este Nuevo M<sup>do</sup>do, y merecerá resonar hasta la C<sup>ase</sup>se-ria Romana. Voz, que aunque muerta, à todos nos predica, à todos nos desengaña, à todos nos alienta, y à todos nos fervoriza.*

En esta atencion, solía decir muchas veces el caritativo Padre, que quisiera vivir, y trabajar hasta el fin del mundo, sólo para ganarle almas à Dios. Tan atormentado quedaba su corazon con las ofensas que se cometen contra la infinita Bondad, que siendo Guardian de este Colegio, rompió en cierta ocasion en un inconsolable lamento, en presencia de tres virtuosas personas confidentes

su-

suyas, dando por motivo de su llanto, el que fuese Dios ofendido, y el que se condenasen tantas almas. Quisiera hacerme menudos pedazos, solía repetir frecuentemente, para que Dios no sea ofendido. Quantas veces emprendió caminos dilatados, pasando no pocas molestias, con solo el fin de sacar una sola alma del pecado; y ésta, de aquellas de la infima plebe, en cuya reduccion, ni la empresa podia causar ruido, ni el triunfo le podia conferir estimacion popular. En fin, siempre que se interpuso la gloria del Señor, y se interesó el bien de las almas, no perdonó el Siervo de Dios fatiga alguna, ni la sangre de sus venas, para que quedase su eximia caridad coronada de innumerables victorias. Y quando sus voces, y sus pasos no pudieron atajar algunos viciosos excesos, entonces se encargaban sus ojos de remediarlos, llorando las culpas ajenas: y no contento con derramar copia de lagrimas, se valia de la oracion, ayunos, y disciplinas de sangre, hasta regar la tierra, y caerse desmayado.

Las Pláticas con que animaba à sus Hermanos los Religiosos para la mayor perfeccion, comunmente tenían por blanco la Caridad, à imitacion del amado Benjamín. Este era el mismo argumento de las conversaciones que se le ofrecían fuera del Claustro; y de este modo, à cada paso encendía corazones tibios, y reconciliaba antiguas enemistades. Visitaba à menudo los encarcelados, los exortaba à la paciencia, los confesaba, y los persuadía à la resignacion, como medio para satisfacer por la culpa, que los havia puesto en tan infeliz miseria: y à muchos les procuró la libertad, interponiendo sus súplicas à los Jueces. Asistia à los moribundos, y ajusticiados, procurando disponerlos con una confesion general, y con quantos arbitrios le dictaba su caritativo empeño, para el logro de sus almas. Quando se ofrecía algun público suplicio, acompañaba à los Reos por las calles: y aunque concurriesen muchos Sacerdotes à este funesto espectáculo, siempre le encomendaban al V. P. la Plática, venerandolo todos como

un

un nuevo Elías, por el zelo con que daba alientos à la Justicia, y hacía horrorosos los delitos, à vista del egecutado castigo. Frecuentaba los Hospitales, y visitaba à los demás enfermos, con tales muestras de compasion, y misericordia, que siempre que podia se llenaba las mangas del Habito de tablillas de chocolate, para remediar su penuria. En el tiempo que fue Prelado de los Colegios, puso grande esmero en que se atendiese à los pobres, que suelen venir à la Portería, con el posible socorro. En este Colegio de la Santa Cruz dió permiso al V. Portero Fr. Antonio de los Angeles, para que socorriese las necesidades, que llegasen à sus oídos, y vista, fiados ambos en que Dios nuestro Señor enviaría los competentes abastos para la Comunidad; y así se verificó muy cumplidamente, premiando el Cielo con abundancias el merito de su misericordia.

No fue menos su solicitud para que quedasen amparadas las Huerfanas, negociando, que algunos Sugetos de caudal empleasen algunas cantidades para

este efecto. Concurrió con su eficaz persuasiva à las fundaciones de algunos Conventos de Religiosas, y Recogimientos de Doncellas, compadecido de las desgracias, que suelen ocasionar la soltura de la calle, y la libertad de los estrados. Sentía muy mal del libertinage, que se suele permitir à la mocedad incauta, y alguna vez manifestó el Señor, no sin maravilla, la importancia de su zelo en este punto. Haviendo Doña Petrona de Velazquez, vecina de la Ciudad de Guatemala, enviado à una hija suya, llamada Josefa, à cortar unos azahares, para una almendrada que le queria enviar à un pobre enfermo, la encontró el Siervo de Dios en la calle. Preguntóla por su destino; y siendo informado del fin para que la enviaba su Madre à una casa vecina, metió la mano en la manga, y sacando un puñado de azahares muy hermosos, la dijo con mucha paz: *Toma hija los azahares que quiere tu Madre, y vuélvete para tu casa.* Quedóse admirada la Niña con el suceso, con tener solos diez, ò doce años de edad; y dándole

à su Madre la noticia junta con el encargo, quedó enseñada la Señora, para no enviar otra vez à su hija sola fuera de casa.

Socorria tambien con notable desvelo à las benditas Almas del Purgatorio, con Sacrificios, penitencias, y varias mortificaciones. Y enternecido de compasion hacía este mismo encargo con eficacia à otras Personas, especialmente en el Confesonario, en cuyo saludable egercicio fue incansable toda su vida. Miraba esta necesidad como extrema, y pudo tanto con su compasivo genio, que les hizo cesion de quantas obras buenas hacía, para que les sirviesen de sufragio, con que se libertasen de aquel mas que en-

cendido Vesuvio. El cúmulo de tan poderosos socorros se puede congeturar con saber, que desde el año de noventa y ocho hizo voto de hacer siempre lo mas perfecto. Ya dejó dicho en la primera Parte, como dos de estas santas Almas vinieron à dar à su Bienhechor las gracias; y no es inverosimil que viniesen otras, segun el estudio que tuvo siempre el caritativo Padre de socorrerlas. Por conclusion, toda la vida de este gran Siervo de Dios, es un argumento potisimo de su Caridad heroica para con Dios, y con sus proximos, y aun se nos ofrecerán en lo restante varios casos que confirmen esta verdad,

